

CORONADO, CAROLINA (1823-1911)

ROMANCES

INDICE:

LA POETISA EN UN PUEBLO
A UN VIEJO ENAMORADO
A UN POETA CLÁSICO
A CESARINA
A UN AMADOR
ALTIVEZ
EL AMOR CONSTANTE
MAGDALENA
LIBERTAD
CELOS

LA POETISA EN UN PUEBLO

¡Ya viene, mírala! ¿Quién?
-Esa que saca las coplas.
-Jesús, qué mujer tan rara.
-Tiene los ojos de loca.
Diga Vd., don Marcelino,
¿será verdad que ella sola
hace versos sin maestro?
«-¡Qué locura!, no señora;
anoche nos convencimos
de que es mentira, en la boda:
si tiene esa habilidad,
¿por qué no le hizo a la novia,
siendo tan amiga suya,
décimas o alguna cosa?
-Una décima, es preciso,
dije, el novio está empeñado.
-Ustedes se han engañado
me respondió, no improviso.
-Siendo la novia su amiga,
vamos, ¿no ha de hacerla usted?
-Pero, por Dios, si no sé;

¿no basta que yo lo diga?
La volvimos a rogar,
se levantó hecha una pólvora,
y en fin, de que vio el empeño
se fue huyendo de la boda.
Esos versos los compone
otra cualquiera persona,
y ella luego, por lucirse,
sin duda se los apropia.»
-Porque digan que es romántica.
-¡Qué mujer tan mentirosa!
-Dicen que siempre está echando
relaciones ella sola.
-Se enseñará a comediante.
-Ya se ha sentado ¡la mona!
Más valía que aprendiera
a barrer que a decir coplas.
-Vamos a echarla de aquí.
-¿Cómo? -Riéndonos todas.
-Dile a Paula que se ría.
-Y tú a Isabel, y tú a Antonia.
Ja ja ja ja ja ja ja.
¡Más fuerte, que no lo nota!
Ja ja ja ja ja ja ja.
Ya mira, ya se incomoda,
Ya se levanta y se va...
¡Vaya con Dios la gran loca!

A UN VIEJO ENAMORADO

No lo toméis a consejo,
pues vos para aconsejado
y yo para consejera
inútiles somos ambos:
vos, señor, porque contáis
con muy razonables años
para poder en la vida
dirigiros ya sin ayo,
y esta humilde servidora
por tenerlos muy escasos
para poder con su apoyo
ir por la tierra marchando.
Mas sin ser consejo alguno,
podéis escuchar un rato

cuatro sencillas palabras
que tengo, señor, que hablaros.
Si de provecho no os sirven,
tampoco os serán de daño,
conque prestadme el oído
y os charlaré breve y claro.
Os quejáis de mis desdenes
y el porqué, yo no lo alcanzo,
pues las canas venerables
yo respeto, nunca agravio;
y en fe de verdad tan pura,
jamás consentí escucharos
las voces almibaradas
de «hermosa, mi bien, te amo»,
por evitar que el ridículo
os hiriera de rechazo,
al responderos el mundo
con su risa y con su escarnio.
Porque, dejaos de aprehensiones,
ninguno creerá el flechazo
de que os doléis con tal pena,
pues Cupido no es tan malo
que fuera en un moribundo
a ensañar su genio bravo.
Más bien la gota, el reuma,
o algún histérico flato
han sido los agresores
de ese cuerpo desdichado;
y vos en reminiscencia
de los amores de antaño,
al encontraros doliente,
os juzgáis enamorado.
Pero señor, ¡en conciencia!
ved que es error, que es engaño
y en vez de atisbar mis rejas,
y espantarme todo el barrio,
tomándome por remedio
de males, que yo no sano,
buscad un doctor que os vea,
y si es un ataque asmático,
os recete y desengañe
del tema que habéis tomado.
A él podéis, si no os remedia,
llamarle «¡insensible, ingrato!»
y todas esas razones
con que os estáis lamentando

de una mujer que no os hizo
más ofensa ni más daño
que nacer en este siglo,
y no en el siglo pasado.
Tal vez yo de haber nacido
en tiempo de Carlos Cuarto,
de vuestra joven persona
me hubiera también prendado,
como las viejas mujeres
que tiene Dios en descanso,
y que os dejaron memorias
de lo mucho que os amaron
en cartas ya carcomidas
y en rizos apolillados.
¡Cómo ha de ser! Lo dispuso
la suerte tan al contrario,
que entre vos y yo en España
tres monarcas han reinado.
Os lo digo, no por mofa
-vale mucho un hombre anciano-,
pero soy caña muy débil
para serviros de báculo;
ni monedas de este cuño
parecen bien en la mano
del que al buscarlas debiera
ser, al menos, anticuario.
Por lo demás, yo os estimo
como al Arco de Trajano,
como al puente de los moros
como a todo lo que es raro,
porque llega y sobrevive
a los días que alcanzamos.
Cuando pasáis os saludo,
con reverencia, con pasmo;
cuando habláis os oigo absorta,
como si oyera lejanos
los ecos de aquellas voces
que en tiempo del Cid sonaron...
Pero la tos os molesta,
la brisa va refrescando,
y temo os falte la vida
cuando por luenga la aplaudo:
basta pues, cubríos el rostro,
perdonadme y retiraos.

A UN POETA CLÁSICO

Pulidísimo poeta,
que siempre os andáis buscando
cefirillos en diciembre
y florecillas en marzo,
ved que es malogrado tiempo
el que gastáis en cantarnos
esas romanzas melosas
que a vos embelesan tanto.
Porque ninguno os escucha,
ni posible es escucharos,
ni debe ¡salvo los sordos!
nadie escuchar vuestro canto.
Vos engalanáis de yerba
fuera de sazón los campos
y a deshora de sus nidos
hacéis levantar los pájaros;
vos asida del cabello
sin compasión a su llanto,
a cada instante a la aurora
arrastráis de su palacio,
y ni deja miel segura
en el panal vuestro labio
ni brisilla sosegada,
ni libre arroyuelo manso.
Y lo que más impaciente,
ingeniosísimo bardo,
es que, cuando estamos todos
con vuestra musa trinando,
sobre la blanda verbena,
muellemente recostado,
tan complacido y risueño
vos dispongáis coronaros.
¿A dónde vais por el mirto?
¿De dónde arrancáis el lauro?
¿Y qué lográis con poneros
en la frente esos enjalmos?
¿Un mancebo como un roble
no os causa grima pasaros
unas tras otras las horas
entre los juncos holgando?
¿No tenéis en vuestra tierra
otro más útil cuidado
que atisbar la rubia aurora

y espantar los tiernos pájaros?
Amigo, trocad de vida,
de cantinelas dejaos,
¡sacudid el cuerpo inerme
y haced valer vuestros brazos!

A CESARINA

¡Que teniendo, Cesarina,
en tu hermosísimo rostro
ojos tan claros y bellos
me mires con malos ojos!
¡Que siendo risueño y blando
tu semblante para todos,
doncella, para mí sólo
haya de ser duro y hosco!...
-¿Celos de mí? ¡Virgen Santa!
¿Pues qué amador hay tan loco
que dude que con tu busto
competir no puede otro?
Bajo melena dorada,
sobre cuello delicioso,
con su cutis de azucena,
con su matiz de pimpollo
¿cómo hallar teme rivales
entre mujeres tu rostro
si juzgo que entre los ángeles
no los hallará tampoco?
¿No es por mi faz?... ¿por mi lira?
¡Oh demencia! ¿Te da enojos
un pedazo de madera
con unos bordones toscos
donde canto unos romances
que desoye el mundo todo,
porque una mitad no atiende
y la otra mitad es sordo?
¡Cómo el amor enajena!
¡Cómo los celos son topos
cuando ignoras que esa lira
vale entre los hombres poco!
Siquiera fuese mi canto
dulce, apacible, sonoro;
siquiera tierno y vibrante
alzara sublime tono,

entre escuchar sus conciertos
y mirar tus lindos ojos
no vacilara, alma mía,
el galancete más docto.
Brillante luz es el genio
mas si no tiene un contorno
lucido el fanal que encierra
ese vivo meteoro,
Cesarina, de sus rayos
teme las heridas poco
que aman los hombres al genio...
si el genio tiene tu rostro.

A UN AMADOR

Buen joven, en hora aciaga
fijasteis en mí los ojos,
pues los fijasteis risueños
y los apartáis llorosos.

Mal os quieren los amores
cuando eligen en su encono
mi corazón para blanco
de vuestro empeño amoroso.

Y en verdad que son injustos
pues ni antes, de vuestro rostro,
ni después, he visto alguno
con perfiles más hermosos.

Inútil en vuestra cara
es el perfecto contorno
pues para ganar las almas
tenéis demás con los ojos.

Y, por el mismo Santiago,
que en un alazán brioso
vuestro talle y apostura
dar pueden al santo enojos.

Mas entre sí están los nuestros
corazones tan remotos,
que el uno al Sud, el otro al Norte,
fuego es uno, hielo el otro.

Juzgo no habéis de enojaros
por mi desdén caprichoso,
mancebo, si ves despacio
cuál pierde más de nosotros.

Vos de galán lográis fama
con vuestro afecto amoroso;
yo en no amaros gloria pierdo
y fama de esquivá logro.

Y si queda aquí humillado
alguno, es mi orgullo loco,
pues desdeñándoos se ofende
y se castiga a sí propio.

Por eso la compasión
que demandáis no os otorgo,
porque entre amarme y no amaros
mi error la merece solo.

ALTIVEZ

Joven del rubio cabello
y los azulados ojos,
sabed, por la Virgen sacra,
que estáis de remate loco
o se ha vuelto vuestro ingenio
agudo como el del topo
cuando estampáis en papeles
letras que encienden el rostro.
De las riberas del Tajo
airecillo contagioso
os ha impregnado el cerebro
de pensamientos que ignoro
si desdeñe por ruines
o castigue por odiosos.
No soy alta por la cuna,
ni soy rica por el oro,
ni gallarda por el talle
ni preciosa por el rostro,
mas para ser bien altiva
tengo joven en mi abono
un alma como ninguna

y un corazón como pocos.
El doncel en quien amante
una vez ponga mis ojos
primero tema que cieguen
que verlos fijos en otro.
Tema hablarme el que ha entendido
mis acentos amorosos:
primero muda que hallarme
en otros tiernos coloquios.
Y si logra mi cabello,
jure que en el mundo sólo
hay dos trenzas: la que él lleve
y la trenza de mi moño.
Por eso, mancebo, os digo
que estáis de remate loco
cuando habláis de mis constantes
pensamientos en desdoro.
Si hay plantas que no resisten
a las ventiscas de otoño,
hay plantas que se conservan
desde el setiembre al agosto:
y es la de vos gran malicia
o error torpe y vergonzoso
esto de tomar perpetuas
por marchitables pimpollos.
Distintas somos las hembras
y hablar con iguales modos
de la buena y de la indigna
es desmán que no os perdono.
Parlad con mayor medida
si os es mi afecto precioso;
o temed verlo trocado
en un justísimo encono.
Y tened en cuenta, amigo,
que vale mucho mi enojo
por ser los que estimo muchos
y los que aborrezco pocos.

Almendralejo, 1846

EL AMOR CONSTANTE

¡Ay abuela! este cariño
a que osáis vos llamar sueño,

ha nacido con mi lira,
ha crecido con mi cuerpo...
Seis veces del sol en torno
fue girando el globo nuestro:
pasan soles, mueren lunas,
vienen Mayos, van inviernos
y tan fijo y tan constante
mi amor vive que sospecho
que ha de morir con mi vida,
si no es como el alma eterno.
Y ¿aún juzgáis que sueño? ¡Ay triste!
Pues decid ¿cuándo despierto,
a la vejez o en la muerte
en la tumba o en el cielo?
Sabed, vos, que para siempre
enamorado mi pecho
aunque dijera que olvido
es que me engaño o que miento.
Ardiente, hermoso, inmutable
sólo un sol nos muestra el cielo;
si en él otros astros lucen
es con pálidos reflejos.
Señora, mi amor se eclipsa,
se oculta, mas no le pierdo
y su rayo más me abrasa
cuando le juzgo más lejos.
Bien hicierais en prestarme
vuestros helados inviernos
que mejor me aprovecharan
los años que los consejos;
trocara mis negros rizados
por vuestros albos cabellos,
por vuestro rostro surcado
mi cutis rosado y terso.
Mas, pues esto no es posible
ni logramos entendernos,
gozad vuestra paz despierta
mientras sufro yo en mis sueños.

Badajoz, 1846

MAGDALENA

Pálida está Magdalena,

grande pena sufrirá,
los ojos hundidos tiene
reventando por llorar.
El talle encorvado al suelo,
cual en mustia ancianidad,
parece que por la tierra
busca su atento mirar
las hormigas que en el huerto
a sus pies vienen y van.
A la guerra fue su amante,
muchos mueren por allá,
y Magdalena se aqueja
por la vida del galán
que, pues letras no se escriban
ni se puedan enlazar,
las hembras que bien quisieron
no olvidan su amor jamás.
Luego escribe Magdalena
rasgos que al ausente van:
dos palabras lleva el pliego.
«¡Di por Dios si vivo estás!»

Pálida está Magdalena,
grande pena sufrirá,
su descanso es la vigilia,
sus alegrías llorar.
No sabe del caballero
que entre batallas está.
Nuevas que aguarda, no vienen;
horas que vienen, se van;
y de temores se abrasa
y se consume de afán
que, pues no tenga esperanza
su amor de felicidad,
las hembras que bien quisieron
no olvidan su amor jamás.
Vinieron, al fin, en Martes
papeles de por allá,
como era Martes no pudo
desdoblarlos sin temblar.
Tal responde el caballero
a la doncella; escuchad:
«Ese billete os devuelvo
que vino a mí por azar;
sabed que sois atrevida,
que necia sois por demás;

y que las vuestras memorias
honra ninguna me dan.»
La noble doncella herida
por tan bárbaro desmán
siente frío de agonía
en sus venas circular:
ya le zumban los oídos,
ya no ve la claridad.
«¡Bien sabéis, el caballero,
a quien habéis de injuriar,
no a varón forzado y bravo,
a endeble y mansa beldad!
Pocas hazañas la patria
debe, señor, aguardar
de quien villano responde
de esta suerte a mi piedad.
Débiles tengo los brazos
y no puedo levantar
ni con ambos el acero
que responda a injuria tal.
Mas no juzguéis que por ello
quedaréis sin castigar,
pues vale el desprecio mío
más que estocada mortal.»
Dijo, levantose erguida,
colgó el papel del galán
en un espino del huerto
y con sonrisa falaz
añadió: «que sirva al menos
su nombre para espantar
a los pájaros que pican
las flores de este zarzal.»

Almendralejo, 1846

LIBERTAD

Risueños están los mozos,
gozosos están los viejos
porque dicen, compañeras,
que hay libertad para el pueblo.

Todo es la turba cantares,
los campanarios estruendo,

los balcones luminarias,
y las plazuelas festejos.

Gran novedad en las leyes,
que, os juro que no comprendo,
ocurre cuando a los hombres
en tal regocijo vemos.

Muchos bienes se preparan,
dicen los doctos al reino,
si en ello los hombres ganan,
yo, por los hombres, me alegro.

Mas, por nosotras, las hembras,
ni lo aplaudo, ni lo siento,
pues aunque leyes se muden
para nosotras no hay fueros.

¡Libertad! ¿qué nos importa?;
¿qué ganamos, que tendremos?;
¿un encierro por tribuna
y una aguja por derecho?

¡Libertad!; ¿de qué nos vale
si son los tiranos nuestros
no el yugo de los monarcas,
el yugo de nuestro sexo?

¡Libertad! ;¿pues no es sarcasmo
el que nos hacen sangriento
con repetir ese grito
delante de nuestros hierros?

¡Libertad! ¡ay! para el llanto
tuvimosla en todos tiempos;
con los déspotas lloramos,
con tributos lloraremos;

que, humanos y generosos
estos hombres, como aquellos,
a sancionar nuestras penas
en todo siglo están prestos.

Los mozos están ufanos,
gozosos están los viejos,
igualdad hay en la patria,

libertad hay en el reino

Pero, os digo, compañeras,
que la ley es sola de ellos,
que las hembras no se cuentan
ni hay Nación para este sexo.

Por eso aunque los escucho
ni me aplaudo ni lo siento;
si pierden ¡Dios se lo pague!
y si ganan ¡buen provecho!

Almendralejo, 1846

CELOS

(A la princesa de S...)

Dejad que despacio os vea
esa belleza tan rara,
pesadilla de mis sueños,
enemiga de mi alma.

¡Por Jesús, que ansiosa vengo
de miraros esa cara
blanca aurora para alguno,
para mí, noche nublada!

¿Cómo tenéis la melena,
muy oscura, muy dorada?
De vuestra faz las colores
¿son morenas o son albas?

¿Tanto valen vuestros ojos?
¿Sois de cuerpo tan gallarda?
¿Cuáles son, decid, en suma
vuestros dones, vuestras gracias,

para que pueda, señora,
admirarlos y envidiarlas?...
Yo no fío en sortilegios,
burleme siempre de magias,

pero al hallar vuestra imagen

con la luz de la mañana,
con las sombras de la noche,
sobre mis libros clavada,

junto a mi lecho perenne
y en todas partes, mi alma
por espíritu os conjura
y por visión os rechaza.

Señora, ¿pensáis que pueda
un corazón de cristiana
sin ofender a los cielos
hacerme tan desdichada?

Señora, ¿pensáis que somos
vos la reina, yo la esclava,
para que a vos así tenga
mi libertad subyugada

que a donde está vuestra imagen
allí mis ojos se paran
y allí escuchan mis oídos
do suenan vuestras palabras?

¡Si supierais cuando os oigo
cuál las sienas se me inflaman
y cuánto mis venas hierven
que parece que se saltan!

¡Si supierais cuáles sombras
ven mis ojos, qué fantasmas,
tal vez las brillantes flores
que os embellecen la cara,

por no parecer tan bella,
os arrancarais de lástima!
Mas ¿para qué? No señora:
ceñid la frente lozana

de riquísimos encajes
y primorosas guirnaldas
para dar mayor contento
a los ojos del que os ama;

que para llorar las penas
que vuestras glorias me causan,

tengo noches que me sobran
y lágrimas que me bastan.

Ved si al hermoso conjunto
de vuestras divinas gracias,
señora, algún atributo,
que daros pudiera, os falta;

pues queréis todas las dichas
con mi desdicha lograrlas,
venid, si os faltara el genio,
¡venid... y os daré mi arpa!